

El largo camino de la venganza: *El renacido*, de Alejandro González Iñárritu

Francisco José García Lozano

Facultad de Teología. Granada
E-mail: franciscojgl@hotmail.com

En poco tiempo, Alejandro González Iñárritu se ha forjado una carrera en la cual es uno de los principales referentes del cine más reciente. Su trilogía de la muerte (*Amores perros*, *21 gramos* y *Babel*) ya lo encumbró como uno de los cineastas más importantes del momento. Después vino *Biutiful*, que fue un *intermezzo* para la que sería su largometraje más aplaudido: *Birdman*. Un año después de ese éxito, González Iñárritu vuelve con *El renacido*, favorita a los premios *Oscar* con doce nominaciones. El regreso de Iñárritu un año después de ofrecernos *Birdman* no podría ser más satisfactorio. En este caso, para ofrecernos una historia de supervivencia y venganza. Cargada de realismo, y áspera como la vida misma.

El renacido narra, con obvias modificaciones al libro de Michael Punke, la historia real de Hugh Glass (Leonardo DiCaprio), un temerario cazador que vivió en el siglo XIX, cuando el comercio de pieles de animales era el negocio más rentable en los recién nacidos

Estados Unidos. Tras un enfrentamiento con los indios *arikaras*, el grupo de Glass se ve reducido, lo que los obliga a huir. Al ser Glass el más experimentado, el capitán (Dohmann Gleeson) lo escoge para ser quien guíe al grupo hacia la base más próxima, hecho que genera la antipatía de Fitzgerald (Tom Hardy). Glass es atacado por una osa *grizzly* cuando buscaba alimento. Esa batalla lo deja malherido y al borde de la muerte. Sus compañeros lo auxilian y deciden llevarlo a costas en su viaje, pero luego de unos días se dan cuenta de que eso no va a funcionar y el Capitán delega a Hawk, el hijo mestizo de Hugh, a Bridger (un excelente Will Pouter) y al polémico Fitzgerald a cuidar de Glass hasta su muerte y brindarle un sepelio digno. Sin embargo, surge la traición dentro del grupo y Glass es abandonado a su suerte junto al cuerpo inerte de su hijo. Contra todo pronóstico, el cazador sobrevive y emprende un viaje de más de 300 kilómetros a través del vasto e indómito oeste

persiguiendo al hombre que le traicionó. Pero lo que comienza siendo una implacable búsqueda de venganza se convierte en una historia de heroísmo, contra todo pronóstico, en pos del hogar y de la redención¹.

A nivel interpretativo la película es impecable. DiCaprio es dueño de la película, no hay duda. Su personaje pasa por diferentes estados anímicos, complejos, extremos y alejados entre sí. Gran parte de su recorrido en pantalla será sin hablar. Apenas pronuncia diez líneas de diálogo en toda la película, muchas en lengua nativa, así que la fisicidad es un requisito indispensable. Dohmnnall Gleeson, quien ha tenido un excelente año en cuanto a películas (protagoniza *Brooklyn* y *Ex-Machina*), tiene un papel correcto aunque poco destacado. Tom Hardy crea un villano frío y cruel, que funciona muy bien como la antítesis de Glass. A diferencia de muchos villanos

de *blockbuster*, el Fitzgerald de Hardy tiene claras sus motivaciones y mantiene su personalidad antipática y sin remordimientos durante toda la trama, sin que eso evite que se le muestre también temeroso y calculador. En este caso, el desarrollo de su personaje es algo más lineal que el de su compañero, algo que el actor utiliza para mostrarnos paso a paso, milimétricamente, la progresión de un estado a otro, haciendo tangibles los motivos y causas de su actuación y mostrando el porqué de todo y en todo momento.

La historia la hemos visto miles de veces en el cine. Se trata de la justa venganza. Puede achacársele a Iñárritu la simplicidad y esquematismo de sus personajes, un héroe esforzado, íntegro e integrado en el Nuevo Mundo (bien distinto de la mayoría de blancos, de muy bajos instintos), frente a un indeseable enemigo indigno de la más mínima simpatía. Por lo tanto, no está el mejor punto de *El renacido* en el guión, sino en su envoltura formal, en la dirección artística, en la música, en el casting; y, sobre todo, en el virtuosismo de Emmanuel Lubezki, que contribuye a crear ese ambiente onírico que recorre la película, y que contrasta con el extremo realismo, a veces no recomendable para estómagos sensibles. Estamos ante una pe-

¹ La leyenda del explorador Hugh Glass tiene un largo recorrido en la historia cultural americana, pues ha aparecido, de forma más o menos fiel a la realidad, en novelas como *Lord Grizzly*, de Frederick Mnafred; o *Wilderness*, de Roger Zelazny y Gerald Hausman; en largometrajes como *El hombre de una tierra salvaje*, de Richard C. Sarafian, o *Apache Blood*, de Vern Piehl; e incluso en la serie *La llamada del Oeste*.

lícula que prioriza la experiencia sensorial a la narrativa. Una fotografía que se basa única y exclusivamente en la utilización de luz natural para alcanzar ese efecto “ventana”, con el que aporta la sensación de que todo está ocurriendo de verdad hasta el punto de que el rodaje se realizara en sesiones de dos o tres horas diarias para captar el momento exacto que tanto Lubezki como Iñárritu querían para la película (y que alargó el rodaje más de lo que el equipo artístico y técnico hubiese querido).

Cabe destacar también el aspecto musical de la película, con una banda sonora compuesta por el japonés Ryuichi Sakamoto, el músico electrónico alemán Alva Noto y el también músico y compositor Bryce Dessner, aunque el grueso de la composición corre a cargo del primero con una sublime y minimalista banda sonora que necesita tan pocas notas como palabras los protagonistas de la cinta para llevarte a su territorio, el contrapunto perfecto que va definiendo el salvajismo narrativo y paisajístico de las imágenes.

Iñárritu imprime su particular sello a una película que supone, tras *Birdman*, su definitivo afianzamiento en la industria cinematográfica estadounidense; como en su anterior película, hay un cierto

elemento onírico en esta otra. En su afán de reforzar ese aspecto, González Iñárritu juega con los *flashbacks* y las alucinaciones, en las que no solo participa Hawk sino también su madre, elementos que en contraposición a los grandes momentos interpretativos de DiCaprio, llegan a estorbar. Acercándose al cine de Kurosawa, Herzog o Malick, el cineasta mexicano no rehúye estas influencias al momento de narrar su filme, haciendo paralelismos entre la lucha interna de un hombre y las fuerzas naturales que definitivamente lo laceran. Iñárritu consigue –a la altura, por ejemplo, de Anthony Mann– que el espectador perciba la inmensidad de los paisajes en contraste con la insignificancia del hombre que los recorre. El frío de lo que parece pleno invierno en la montaña, los rápidos del río Missouri y la fauna salvaje son algunos de los elementos del entorno que contagiarán al espectador de esa sensación agrídulce entre admiración y terror. La naturaleza como epifanía y como enemiga.

En conclusión, *El renacido* es una película que cumple absolutamente con todas las expectativas, permite disfrutar de una inmensa calidad actoral en el terreno de lo poco convencional, y lleva consigo una trama sencilla en su planteamiento pero de forma ma-

gistral, fascinante, intensa y brutal en muchas escenas. Quizás ese sea el mayor mérito de una película que ya hemos visto otras veces por pocas de esta manera. Sin embargo, requiere de un esfuerzo por parte del espectador, no tanto intelectual como emocional, para mantenerse dentro del universo ofrecido por Iñárritu durante sus más de dos horas y media, un inconveniente que merece la pena soslayar. ■

Película: El renacido.

Título original: The revenant.

Dirección: Alejandro González Iñárritu.

País: USA.

Año: 2015.

Duración: 156 min.

Género: Aventuras. Western. Siglo XIX. Naturaleza. Supervivencia. Venganza. Basado en hechos reales.

Interpretación: Leonardo DiCaprio, Tom Hardy, Will Poulter, Domhnall Gleeson, Lukas Haas, Paul Anderson.

Guión: Alejandro González Iñárritu y Mark L. Smith; basado en la novela de Michael Punke.

Fotografía:

Emmanuel Lubezki.

Música: Ryuichi Sakamoto y Alva Noto.

Web oficial:

<http://www.foxmovies.com/movies/the-revenant>